
PRIMERA PARTE.

I.

LA SERPIENTE DEL CIELO.

Por primera vez en el curso de los siglos resonaban en honor del verdadero Dios los cánticos sagrados, entre los cerros que circuían los tres barrios, poco distantes entre sí, de que estaba formado el pueblo de Nochtlán,* hoy Nochistlán, uno de los principales de la comarca de los Téules chichimecas. Era la Semana Santa del año de 1530; y celebrábala allí la hueste del crudelísimo y codicioso Nuño de Guzmán, de la cual formaba parte, al lado de la flor y nata de los aventureros españoles que poco habían medrado todavía en su viaje á Tenochtitlán, una heterogénea masa de aliados indígenas: mexicanos, tlaxcaltecas, tarascos, huexotzincas y de otras denominaciones.

La Cruz se enhestaba ya sobre tres gradas en la rústica y pequeña iglesia pajiza que acababa de levantarse y que se

* Aunque este nombre geográfico debería acentuarse prosódicamente en la penúltima sílaba, como todos los de su clase que son de origen nahuatl, atendiendo á la costumbre le he puesto el signo tónico de su pronunciación castellana. Otro tanto advierto respecto de los demás nombres geográficos indígenas que se hallan en el texto.

había decorado peregrinamente toda ella de pluma rica, formando el monumento; erguíase también en las cinco ermitas que se prepararon para las estaciones, y elevábase, por último, hasta en la cima del elevado cué ó adoratorio de los ídolos, que desde el peñón próximo señoreaba el pueblo abandonado por sus habitantes, quienes á la aproximación de los invasores y después de una ténue resistencia, habían ido á refugiarse en las abruptas serranías y en otras poblaciones, temerosos de ser víctimas de los horrores que venía cometiendo aquella temible soldadesca cubierta de hierro, dueña del rayo y servida por bravías y nunca vistas bestias, —los caballos y los perros,— que sin embargo en fiereza tenían por competidores á los desenfrenados y serviles auxiliares.

Pero en vano la sacra insignia del Redentor de los hombres extendía sus brazos en el espacio como llamando en torno suyo á los sencillos é ignorantes moradores de esa tierra, que no se daban cuenta del derecho que pudiera caberles á los intrusos guerreros para talarles sus sementeras de maiz y de caña, los pocos árboles de su comarca y los tunales que le daban nombre al lugar, así como para quemarles sus viviendas y las de los antiguos númenes y aun para sacrificarles sus esposas y sus pequeñuelos,—«sartales de piedras preciosas que se llaman zafiros,»--estrujándolos dentro de una red hasta echarles fuera los intestinos, como acababan de hacerlo allí mismo los matlatzincas ó toluacas que venían con los blancos y cuya era tal costumbre, la cual esa vez pagaron sufriendo, de orden de Guzmán, el suplicio de la hoguera.

De ningún ejemplo les podía ser á los de Nochistlán, para moverles religiosamente los corazones, la sola presencia, inútil entonces para ellos, del bendito Padre Fray Juan de Padilla, mártir más tarde de su apostólico celo, y la de su virtuoso lego Fray Andrés de Córdoba, que venían con el ejército enemigo; ni redundaba en su provecho la devota procesión de disciplinantes, que en tales se transformaron aquel Jueves Santo más de treinta de aquellos feroces guerreros españoles, acrisolados en la fe, pero no siempre en la caridad. En el acre y negro humo de los incendios del caserío se perdían las blancas y delicadas espirales del copal encendido en los turíbulos;

y el sonido de las trompetas y la detonación de los tiros y arcabuces de la soldadesca, pregoneros de la muerte, que hacían estremecer con sus bélicos sonos las márgenes del patrio arroyuelo, cabe el que se levantaba el real español, apagaban el rumor de las místicas salmodias y de los himnos eucarísticos que sin precedente alguno se elevaban allí esa vez en alabanza de la Redención del linaje humano.

Era que la hora de la evangelización no había sonado todavía para aquel pueblo en el reloj de la Providencia, y antes bien á dilatarla vino, á la postre, la despedida de la horda invasora, al alejarse de ese lugar, el martes de Pascua, para encaminarse al Teul, la cercana población en que era reverenciado por todo el distrito de la Caxcana el ídolo de la diosa Tonan ó la Tierra: las llamas encendidas por las manos brutales de los indios de su misma raza, asolaron del todo, en el llano y los cerros, las habitaciones de los noctecas.

Séamos justos: aunque los conmillones europeos de Nuño de Guzmán culpables de grandes atrocidades fueron en aquella expedición, que el jeroglífico indígena dejó expresivamente significada como una serpiente lanzándose del cielo sobre la tierra, varias cosas excusan los cargos que les resultan; pero mucho más imperdonable es la conducta de los hombres de la misma raza que estos naturales de los Teules chichimecas, miembros desprendidos del mismo cuerpo nahuatlaca en la histórica Tuitlán, á donde tornaban hoy los otros descendientes de aquella estirpe fundadora de la ciudad que aun con sus reliquias nos admira en la jurisdicción de Villanueva, llevándoles á sus hermanos el estermínio y la muerte.

No estaba lejos, sin embargo, el día en que la justicia divina les hiciera pagar tamaños desmanes á los indios allegadizos: unos, murieron ahogados en la inundación que les sorprendió en Aztatlán, no lejos de Xalixco; de muchos otros dieron cuenta los males palustres que allí mismo les acometieron; los que pretendían huir, para volverse á sus tierras, fueron colgados como desertores; á los que se habían escapado de estos males, se les envió á la provincia de Chametla, donde sufrieron tales fatigas y privaciones, que á impulsos de la

desesperación se ahorcaban ellos mismos, de diez en diez; y el resto, fué dado en esclavitud á lós vecinos de la villa de San Miguel de Culiacán, que los encadenaron por el cuello y los pusieron en cepos, desde los cuales llorando vieron tornarse hacia el Oriente el grueso del ejército en que habían venido.

Ni los mismos caciques pudieron esquivar el cuerpo á la ingrata suerte que les cupo á sus vasallos, aunque ofrecían ya, porque se les dejara volver, sus divisas de oro y de plumas ricas. Allí fenecieron también casi todos, entre ellos el felón Tapiezuela, que al denunciar en Izancanac á su señor Cuauhtémoc, fué causante de su muerte; y que era tan mal visto por los españoles, que en Cuitzeo el maese de campo Villarroel puso sobre su persona las manos con tal dureza, «que nunca estuvo bueno hasta que murió.»

«Por último, de todos los indios que llevó (*el jefe de la expedición*) de Tascaltecle (*Tlaxcala*), —dice un testigo ocular,—no me acuerdo haber escapado sino dos principales que andaban en una cadena guardando los puercos de Nuño de Guzmán.» *

* Carta de Nuño de Guzmán al Emperador, fechada en Omitlán el 8 de julio de 1530.—Relaciones de esta Conquista, publicadas por el Sr. Icazbalceta, en el tomo II de la "Colección de Documentos para la Historia de México."—Los nombres de los religiosos franciscanos que vinieron en esta expedición están tomados de la "Crónica Miscelánea" del P. Tello, capítulos XXXIII y XLVIII.—"Noticias históricas de Nuño de Guzmán", por D. J. Fernando Ramírez, (pág. 203.) que se hallan precediendo á los "Fragmentos del Proceso de residencia instruido contra Nuño de Guzmán," etc., en el libro que lleva en su frontis el título de "Proceso de residencia contra Pedro de Alvarado," y las cuales "Noticias" pueden verse también en el "Diccionario Universal de Geografía é Historia," comenzado á publicar en la tipografía de Rafael [México] el año de 1853.

Al final de cada capítulo citaré, como aquí acabo de hacerlo, las fuentes históricas de donde he tomado mis noticias.

Es conveniente declarar que no aludo en este capítulo á las expediciones de Chirinos y Cristóbal de Oñate hacia el Norte, narradas hasta hoy sin reparo en la historia, porque creo absurdos los relatos que de ellas se han hecho.

II.

LOS NOCHTECAS GUERREROS Y COLONIZADORES.

Tanto porque se hubiera noticiado á Nuño de Guzmán que en la comarca en que se asentaban los Téules chichimecas había oro, supremo deseo de los aventureros de Iberia, como por asegurar su conquista hacia el Norte del señorío de Tonalá, desde á fines del mismo año, hallándose setenta leguas adelante de Culiacán, les había expresado aquel caudillo á sus subalternos la intención que tenía de poblar una villa en la mencionada comarca, así como dos más en otros puntos de la nueva conquista; y persistiendo en sus propósitos, al regresar á Tepic, donde fundó la ciudad de Compostela, dióle comisión á Juan de Oñate para que fuese con competente golpe de soldados y llevando por su maestre de campo á Francisco de Arce, á apaciguar la provincia de los Téules y á erigir en ella la villa de Guadalupe.

Cumplió Oñate puntualmente su encargo, fundando esa población española en Nochtlán; no sin que sobre los pobres indios del lugar indígena recayera, mal de su grado, la carga de edificarles sus casas y de servir á los vecinos de la tal erección, destinada á tener sometidos á los caxcanes, (*) due-

* A mi entender, el verdadero nombre gentilicio de los individuos de esta tribu, no era el de *caxcanes*, como se les ha llamado generalmente; sino el de *caxanes*, que alguna vez les da Mendieta [lib

ños hasta entonces de esa tierra de los Teules, que siglos antes ellos les habían ganado á su vez probablemente á los indios vitzuritas y tepehuanes.

Fué por ese mismo tiempo, cuando los nochtecas y los demás naturales de los pueblos de los alrededores, comenzaron á tener nociones de las augustas doctrinas de la religión cristiana, que á predicarles vinieron, durante esa primera década, los religiosos franciscanos Fr. Juan de Padilla, Fr. Antonio de Segovia, Fr. Juan Badía ó Badillo, Fr. Martín de la Coruña ó de Jesús, y Fr. Juan Pacheco.

Estos venerables misioneros que eran, por su desinterés y su caridad, el reverso de la medalla en que figuraban sus rapaces y belicosos compatriotas, descubrían á los ojos de los indios, virtudes peregrinas que asombraban y atraían á éstos, así como la luz deslumbra y seduce á los insectos. Con palabras dulces y sencillas ganábanse los corazones de los rústicos idólatras, que poco á poco iban abrazando la fe sublime que los confortaba en medio del diluvio de penalidades que les aportara el duro yugo extranjero.

El cual yugo, sin embargo, llegó á pesarles tanto á los caxcanes, —no obstante que Guadalajara fué trasladada á Tonalá cuando mediaba 1533,—que sobreponiéndose á toda otra consideración su anhelo por la libertad patria é individual, estos indios, con los tzacatecos y muchos de los tecuexes, se levantaron en armas, el año de 1535, consiguiendo un triunfo aniquilador del primer escuadrón español que se les opuso á los sublevados. Aparte de eso, el desquite

V, parte II, cap. I, pág. 737 de su *Hist. Ecles.*) Tal nombre tiene indudablemente su origen en el verbo mexicano *caxani*, que significa "aflojarse lo atado", (Molina); significación que en ese caso vendría á aludir de modo clarísimo al aflojamiento de los lazos de familia que ataban á los plebeyos ó rústicos nahoas, (*tochos*), con los demás miembros de su estirpe, cuando se separaron en Tuitlán, por haber sido los primeros, (*caxanes*), enviados á poblar en las tierras vecinas, y subsistiendo los segundos en esa ciudad hasta que prosiguieron su peregrinación, para ir á fundar México—Tenochtitlán.

Sin embargo, por no desechar violentamente la costumbre, les doy á estos indios el nombre corrompido con que se les conoce comunemente.

que de tal derrota consiguió otra hueste conquistadora, apoderándose del templo idólatrico del Teul y destruyendo la figura de piedra que le daba nombre al pueblo, (pues *Teutl* significa *dios*), y un desgraciado ataque á Guadalajara, asentada entonces en Tlacotlán, son las únicas memorias que aquella sublevación dejara.

Tremendo debió ser el escarmiento que esa ocasión se hizo con los indios de los Teules, puesto que hasta fines de 1540 se mantuvieron en paz; pero tal vez nuevas tropelias que sufrieran de parte de sus encomenderos,—entre los que se contaban el de Xalpan, Diego de Proaño, que horrible fama suya legó á la historia; el de Nochtlán, Miguel de Ibarra, y el de Xuchipila, Hernán Flores,—así como su credulidad supersticiosa en las excitativas y promesas de los despechados sacerdotes de los ídolos, les hicieron acometer otra nueva rebelión, la cual encabezaron estos caxcanes y en la que tuvieron por consortes á casi todos los indígenas de la Nueva Galicia.

Al aspecto amenazador de la situación, más que de prisa escaparon de sus pueblos los españoles que los tenían en encomienda y aun algunos salieron de ellos muy mal parados; hiciéronse fuertes los indígenas en los peñones que atrincheraron desde Cuina hasta Ahuacatlán; repelieron en ellos victoriosa y sucesivamente á Miguel de Ibarra, á Cristóbal de Oñate y aun al famoso Pedro de Alvarado, que al irse retrayendo con sus españoles y diez mil auxiliares sufrió una caída que fué causa de su muerte; más y más alentados con tales éxitos, atreviéronse otra vez los indígenas á acometer á Guadalajara, aunque sin fruto y sí con muchas pérdidas; y por fin, no sucumbieron sino después de una lucha admirablemente heroica, contra un ejército de seiscientos castellanos y más de cincuenta mil aliados, provistos de numerosas armas de fuego y blancas, de competentes caballos y de un fuerte tren de artillería, todo bajo el mando personal del primer Virrey de la Nueva España.

Ni es de olvidarse que en aquel levantamiento se derramó la primera sangre de los verdaderos apóstoles de la fe de Cristo en esta región, Fr. Juan de Esperanza y Fr. Antonio de Cuéllar, monjes franciscanos que residían en Etzatlán y

que fueron sacrificados inhumanamente por algunos de los idólatras revoltosos, que llevaban la denominación local de *yagualuzos* ó *yagualulcos*: la simiente de la religión necesita para germinar nutrirse con la sangre de los que la implantan, ley divina promulgada, ante el mundo atónito, en la cima gloriosa del Calvario.

Particularmente, en esa conjura se hizo notable la resistencia que en su fortificado cerro hicieron los de Nochtlán, acaudillado por sus *tlatoani* ó caciques D. Francisco y D. Diego, neófitos hermanos, vencedores ambos de Alvarado, jefes de los vencidos en Guadalajara y el último de los dos apellidado Tenamaxtle: esos bizarros caxcanes rechazaron las intimaciones que allí les hicieron, para que cediesen en su empresa, su encomendero Ibarra, el P. Maestro Barrios, defensor titulado de los indios, y el guardián de su pueblo, Fr. Antonio de Segovia; y sólo después de ocho días de asedio, se logró vencerlos en un terrible asalto en que quedaron ocho mil nochtecas entre muertos y prisioneros, siendo éstos, á pesar de las protestas de los religiosos, marcados como esclavos con el hierro que tenía la forma de una G, inicial significativa de la palabra *Guerra*.

Y alcanzaran á ser muchas más las víctimas de tal entrada, si no hubiera sido que el encomendero Ibarra, viendo por sus intereses particulares, no les hubiera facilitado la fuga á gran número de sus encomendados, la víspera de la impetuosa acometida; así como se dice que lo hizo también con la mayor parte de los nochtecas que al siguiente día fueron esclavizados.

Con la toma sucesiva de todos los fuertes en que se encastillaron los sublevados, tuvo fin aquel esfuerzo extraordinario de la independencia de los naturales; que requirió mucha parte del poderío colonial para ser aniquilado y que bien merece la aplicación del vibrante elogio con que hace memoria de hechos semejantes á esos un elocuente historiógrafo: «cuanto más grande y fuerte el vencedor en la contienda, dice, tanto mayores parecen la pujanza y valor de los vencidos. Sobre las homéricas hazañas de Cortés y sus capitanes resaltan las portentosas de Cuauhtémoc y los suyos; que

si en los grandes triunfos está la gloria; en las grandes derrotas está el heroísmo. No cabe distinguir entre los que denodadamente pelean por la patria. Á nobles y villanos, al habitante de la ciudad y al inculto morador de los bosques, igual impulso los lleva á batallar y á morir: defenderse, conservar incólume su honra y la de sus mujeres é hijos, identificada con la integridad del palmo de tierra en que nacieron. Con verdad se dice que hasta las fieras aman y celan el cubil que las abriga... *

Para ponerle remache á la obra de la pacificación, se adoptó la política medida de mudar de residencia á los habitantes de los pueblos caxcanes, haciéndoles establecerse en otros lugares de las inmediaciones de Guadalajara, trasladada á su vez al valle de Atemaxac: así muchos de los de Xuchipila fueron puestos en la llanura de Tonalá; otros de los del Téul, en Zoquipan y Amatitlanejo el Chico; otros de los de Tlalte-

* Pertinente es, á raíz de la evocación de estos épicos recuerdos, apelar á la grandilocuencia del mismo autor que acaba de citarse, para tener en cuenta, aunque sea por medio de una simple nota, la causa providencial de tan grandes cataclismos: “Cuando las nubes descargan su tempestuosa furia sobre una aldea, una ciudad, una nación; y la tierra abre sus hambrientas fauces y traga; y devorando y arrasando llegan el fuego y devastación de la guerra; y sobre sus pisadas siguen el hambre y la peste, á cebarse en los últimos lamentables despojos; no acertamos á explicarnos que la justicia presida á tamaña catástrofe, en que perecen á una los inocentes y los culpados. Mas el temerario juicio que en nuestra ignorancia arriesgamos, párase absorto, viendo cuál de las cenizas amasadas con el sudor y la sangre de los campeones, brota lozana vegetación que atrae de nuevo á las bandadas de aves del cielo y á los habitantes de bosques lejanos; cuál entonan las frondas, al compás de las aguas y de los vientos, preludios que convidan y suspenden á las gentes; cuál se alza de los esqueletos de piedra, de los huesos trunco, de las armas rotas, de las losas funerarias, himno colosal, á cuyas estrofas sacude su sudario la desmedrada raza de los vencidos, y bebiendo del licor que sus dominadores le escancian en la ancha copa de la victoria, abren su espíritu á nueva vida, á nuevo sol, que se extiende por horizontes más amplios, y sobre más altas y esplendorosas cumbres.” ¡Honor y prez á la civilización y á quien de tan brillante manera, como el Sr. Velázquez, sabe loarla!

nango, en Ahuisculco; otros de los de Apozol, en Atlixta; otros de los de Cuxpala, en el valle de Mazatepec, etc.; aunque la citada medida no dió completa resulta, ya porque no pudo hacerse universal el desarraigo, y ya porque cuanto á los que á él se sometieron aprovecharon de la oportunidad favorable que de volverse á sus antiguos lares les ofreció el descubrimiento de las minas de Zacatecas, inmediatas á sus propios pueblos; y como la explotación argentífera de ellas, comenzada en 1548, de muchos brazos necesitaba, fué causa de que se disimulara la contravención.

Aunque los historiadores no dicen explícitamente que los indios de Nochtlán hubieran pasado por iguales vaivenes que el vecindario de los lugares mencionados, es lógico suponer que así fuese, especialmente cuanto á ellos que habían sido alma y vida de la sangrienta revuelta.

Consta sí que al término de ésta, Fr. Antonio de Segovia trajo recogiendo á los indios caxcanes dispersos á consecuencia de los alborotos, les hizo reedificar sus destruidos pueblos y les puso por doctrinero á Fr. Miguel de Bolonia, flamenco de nación y laboriosísimo apóstol, cual lo demuestra la pericia que llegó á tener en las lenguas indígenas, puesto que habló la mexicana, la tarasca, la otomite, la caxcánica, ó sea la mexicana corrompida, la de los tecuexes y la de los cocas.

Este venerable religioso acabó de reunir á los indios diseminados y se estableció con ellos en Xuchipila. Desde allí, según la narración del cronista de la Provincia de Santiago de Jalisco, «administraba más de cincuenta leguas de largo y cuarenta de ancho, á todos los indios que en ella (esa extensión) se contenían; andando siempre á pié, con un bordón en la mano y un poco de maíz tostado para comer»: así «iba á Nochistlán, Xalostotitlán, Teocaltech y todas aquellas provincias, y volvía por Xalpa, el Téutl, Tlaltenango, sierra de Teppec, hasta llegar á Tzacatecas», de donde regresaba á su punto de partida, evangelizando en el trayecto. Era tan vasto el campo de acción de este benemérito monje, que no habían pasado todavía treinta años desde la fundación del convento de Xuchipila, cuando ya en el mismo espacio de

terreno existían, además de esa doctrina, cuatro beneficios, que eran los de Tlaltenango, Teocaltech, (distinto del que lleva el mismo nombre en la jurisdicción episcopal de Guadalajara), Nochistlán y Xalpa.

Antes de la erección del tercero de esos curatos y, según puede conjeturarse, con el objeto de oponerles uno de los primitivos valladares, aunque físicamente debilísimos por cierto, á los belicosos y vagabundos indios guachichiles, que causaban muchos daños en las estancias que los españoles poseían hacia el Norte y el Nordeste de la Nueva Galicia, fueron llevados, tal vez por los consabidos religiosos del Orden Seráfico, varios indígenas nochtecas ya cristianos, á fundar, cerca de Xalostotitlán, el pueblo de San Gaspar; y de este villorrio se desprendieron otras familias que fundaron los pueblos de Mitic, San Miguel, Teocaltitán, Mezquitic, San Nicolás y San Juan, denominado así este último por ser su patrono titular San Juan Bautista, como lo prueba el antiquísimo culto que á una imagen suya se le daba en ese pueblo.

Hé ahí el humilde origen de la población que andando el tiempo vendría á ser lugar muy célebre en los anales religiosos de nuestra patria, y emporio, siquier periódico, del comercio del suelo mexicano. *

* «Relación de la entrada de Nuño de Guzmán,» que dió García del Pilar y que es la primera de las ya citadas, pág. 260 del t. II de la Colección referida del Sr. Icazbalceta.—Herrera. «Historia general de los hechos de los Castellanos en las islas y tierra firme del «Océano,» década VII, lib. V, capítulos I y II. Visita hecha al Virrey D. Antonio de Mendoza,» publicada en el mismo volumen de la citada Colección del ilustre Icazbalceta, páginas 103 á 114.—*Crónica Misc.* de Tello, págs 135, 137, 138, 150, 151, 165, 167, 197, 199, 223, 234, 235, 237, 249, 276, 338, 343, 344, 354, 357, 367, 372, 388, 398, 449, 456, 472, 475, 482 y 856.—*Hist. Ecles. Ind.*, de Mendieta, págs 740 á 742, lib. V, parte II, cap. III.—«Descubrimiento y Conquista de San Luis Potosí.» Conferencia dada por el Sr. Lic. D. Primo Feliciano Velázquez la noche del 27 de agosto de 1892, pág. 20.—«Informe al Rey por el Cabildo Eclesiástico de Guadalajara, acerca de las cosas de aquel Reino», en el tomo II de la expresada Colección, pág. 495.